

No menos público se acercó a las «aulas» de la I Cátedra de Teatro Iberoamericano, que inauguró el CELCIT. Cada expositor abordó un lenguaje específico del quehacer teatral; así, por ejemplo, José Juan Arrom panoramizó el hecho creador en sí; Juan Carlos Gené, «El lenguaje de la acción: el actor»; Claudio di Girólamo, «El lenguaje espacial: el escenógrafo»; Alfonso Sastre, «El lenguaje literario: el dramaturgo»; Ricard Salvat, «El lenguaje de la puesta en escena: el director»; José Monleón, «El lenguaje de la opinión: el crítico»; y Orlando Rodríguez concluyó con un resumen muy clarificador de la historia del teatro latinoamericano desde sus orígenes.

Las «clases», lejos de adoctrinar a sus alumnos, les invitaron a adentrarse en un sendero sin horizonte apenas marcado. También de la mano del CELCIT, un Taller de Narración Oral Escénica volvió a poner en candelero la validez presente de este ardid actoral; pues, cosa curiosa, la trillada disquisición «Una imagen vale más que mil palabras», resultó ser uno de los agujijones punzantes del evento. ¡Hasta hubo aplausos en una de las muchas defensas acérrimas de la pobre, vieja palabra! ¡Y se citó a Artaud, bendito demonio!

En cambio, la cuarta gran vértebra, la de *exposiciones*, contrastaba por su estaticidad aparente. El pintor colombiano Alberto Betancourt colgó sus últimos trabajos henchidos de una aguda crítica social. Obispos y militares distorsionados recordaban en algún momento los disparates más ácidos de Goya. Edmundo Torres, un peruano afincado en Berlín, actor, danzante, dio un vuelco a nuestras costumbres con su muestrario de máscaras y esculturas que, alimentadas por un background cultural muy amplio (la religión inca, el renacimiento italiano, los films españoles de los años 50-60, los mitos populares...) poseen una expresión difícil de olvidar, entre grotesca y lírica.

Además, cuatro muestras fotográficas: la de Juan Ramón Yuste titulada *Retratos de teatro de bolsillo*, la del Teatro Estudio de La Habana, la de La Carátula que, al cumplir su veinticinco aniversario, expuso buena parte de su material útil y de archivo, y la del Festival de Teatro de Manisales, ¡algunas aún con ceniza del volcán! Sin embargo, la más llamativa de todas ellas, por lo que de espectacular tiene ver a esos diminutos actores



Circo Grafitti. (Brasil)

articulados dentro de su recinto mágico donde cualquier hechizo puede suceder, fue la de titeres del Teatro del la Tía Norica, auténtico patrimonio nacional, pues, si bien no son lo «hermosas» que pudiera pretenderse, tienen (como el propio espectáculo del grupo) un valor histórico, o anecdótico, que es preciso rescatar.

¿Y los libros? ¡Ah, los libros! ¡Cómo quedó demostrada su importancia a la hora de un intercambio real! ¡Mucho más apreciados que los antiguos trueques de cuentas y oro! Obras inencontrables «acá y allá», revistas, dosieres, anuarios, estudios teóricos, cuadernos monográficos chispeaban en los ojos estupefactos de los participantes, hacían tintinear tímidamente los bolsillos o ponían en funcionamiento alguna que otra fotocopidora.

La librería La Avispa de Madrid vio pasar un reguero de manos ávidas (y rotas) ante su «stand». La revista *El Público* del Centro de Documentación Teatral (Ministerio de Cultura) vino a cubrir un hueco, demasiado hondo, también dentro del festival. Su jugoso inventario *Escenario de dos mundos* que recoge, país por país, las últimas décadas del teatro latinoamericano fue, sin duda, el libro más codiciado. Lástima que las colecciones de La Casa de las Américas (Cuba) y del Ateneo de Caracas no se pudiesen adquirir. Habrían supuesto la contrapartida justa a dicho intercambio.

Otras publicaciones fueron presentadas al par que sus respectivos editores. La Asociación de Directores de Escena (ADE, España), promotora de cooperaciones mutuas, simbiosis profesionales entre, no sólo sus colegas latinoamericanos, sino de cualquier rincón del mundo, después de relatar el «grosso» de sus actividades, presentaron la serie: literatura dramática con la que pretender dar a conocer autores extranjeros inéditos en castellano a pesar de su sobrado renombre. Es el caso de Christoph Hein (*La verdadera historia de Ah Q*), Heiner Miller (*Camino de Wolokolamsk, La Misión*), Mijail Shatrov (*La dictadura de la conciencia*), Bohumil Hrabal (*El bárbaro ingenuo*), Volker Braum (*La gran paz*) o Peter Hacks (*Los peces*). Semejante colección de títulos promete ser un arma arrojadiza en las manos de directores que se atrevan a arriesgar sus caducos principios teatrales y abofetear así, con guantes renovadores, la seca piel del rostro público.

El IITCTL, por su parte, presentó tres publicaciones que se complementan: la revista *La Escena Latinoamericana*, el boletín informativo *Punto de partida*, y la serie *Crítica de Teatro Latinoamericano*, soportes teóricos de cualquier futuro colaborador.

Hasta la poesía abrió su pequeño (pero firme) cauce. Andrés García Madrid hizo lectura de su libro *Las huellas*, editado por la galería Orfile, con grabados de Ricardo Zamorano, ante unos escasísimos oyentes, tal y como suele acontecer en estos actos.

Una línea ciertamente «animada» y activadora del festival es la de las actividades extraoficiales, fuera de programa. La voz espectral de los altavoces regaba a cada instante los puntos de encuentro, la hora señalada, a donde debían encaminarse los pasos tal vez ociosos o perdidos. Cito, a vuela pluma, proyecciones de video (la que despertó mayor curiosidad fue la de la Junta de Andalucía sobre el entorno étnico-cultural de los gitanos, claro); homenajes (se suponían espontáneos) a la directora del Ateneo de Caracas y a la propia institución, al Festival de Manisales y (la más emotiva, puesto que Cádiz es su ciudad de origen) al poeta Carlos Edmundo de Ory, todavía «exiliado» en Francia y cuyas visitas a nuestro país son, por desgracia y olvido de las instituciones, muy esporádicas. (Por cierto que fue un trago muy amargo para él, porque odia —literalmente— que le homena-